



fundación  
Ramón y Katia Acín

## Ramón Acín *toma la palabra*, entrega 9 de 155 - Revoltijo



El miércoles 25 de febrero de 1914 publica Ramón Acín en la segunda página de *El Diario de Huesca* un artículo que titula *Revoltijo*. Son tres fragmentos, dos de ellos dedicados a reivindicar a su tierra con referencia a su querido maestro de pintura Félix Lafuente y un tercero bien diferente y en el que de nuevo asoma el chispeante humor del autor. Arriba un cuadro de Lafuente de 1900-

## Revoltijo

25 de febrero de 1914, *El Diario de Huesca*, página 2. (Id. web: ap008).

En tres fragmentos se queja -junto a su profesor Félix Lafuente- de que en Aragón se protege siempre más al forastero que al propio lugareño. Cierra con un canto a la vida.

“Revoltijo”, como conjunto o compuesto de muchas cosas, sin orden ni concierto. Esta estructura compositiva (casi impresionista) la vendrá a utilizar en sus columnas con asiduidad porque le permite mezclar diversas ideas y comentarios. Aquí lo hace por primera vez.

Félix Lafuente <sup>1</sup>, que ya nos demostró siempre lo bien que pinta y que ahora nos va a demostrar lo bien que escribe, arremete en una revista contra Aragón (de la manera, que un aragonés tan de verdad como él puede arremeterle) y le echa en cara que siempre se protege más aquí al forastero que al de casa.

Ten en cuenta, amigo, que tal vicio o virtud es propio de la España toda, y no te extrañe que en nuestra tierra esté doblemente en arraigo, pues por algo dijo Costa que somos los aragoneses dos veces españoles.

\*

Unos músicos paisanos quejábanse de que, teniendo en Huesca elementos suficientes para formar una buena orquesta (no banda) gracias a la Asociación Musical, se haya echado mano de artistas de fuera para los bailes de Carnaval.

A espuestas tienen los tales paisanos la razón.

Querido Lafuente, ¿a que resultamos los oscenses tres veces españoles?

Dicho sea con miedo, pero la verdad, no sería mucha ganga.

\*

Cuentan los *papeles*, que un millonario norteamericano que se encuentra bastante delicado de salud, está viajando en su yate acompañado de dos médicos, cuatro enfermeros y un ataúd.

Desgraciado, acaso pensará sanar con tan desagradable compañía. Yo en su estado, y con su yate y sus millones, haríame acompañar de una cupletista y mejor si era una de esas *cantaoras* andaluzas que mientras cantan que se mueren ellas y su hermanito y su madre y toda la vecindad, os entran ganas de comerle los ojos y el moño con claveles y todo, y los zapatos repiqueteros; y no se acuerda uno del ataúd aunque lo hayan sacramentado por tercera vez.

Por estas, que son cruces, que lo hacía como os lo cuento. □

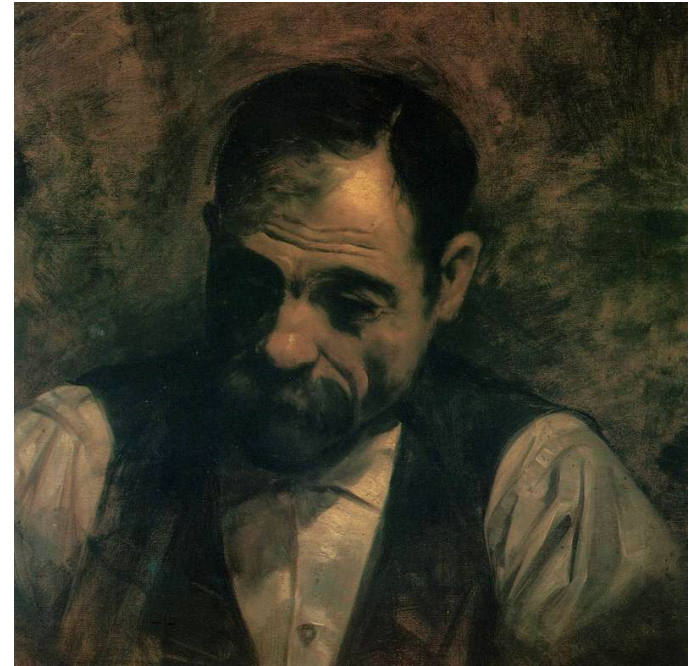
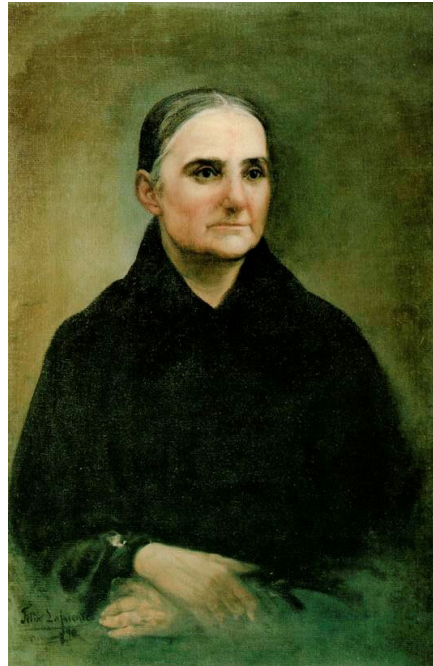
<sup>1</sup> Félix Lafuente (1865-1927) fue pintor, escenógrafo y diseñador de carteles que llevó a cabo su labor artística entre Huesca y Zaragoza. Con apenas diez años, Acín había recibido clases suyas y el maestro tuvo mucho que ver (junto a sus innatas aptitudes) en su futura vocación artística. Comprobaremos en futuros textos la gratitud y afecto que se profesaban.



Félix Lafuente Tobeñas (Huesca 1865-1927) era hijo de Rosa y de Lorenzo, cuyo oficio era, según nos cuenta Fernando Alvira Banzo, el de *molendor* de cacao en un obrador de chocolatería. Félix hizo sus primeros estudios en el Seminario de la Santa Cruz y, en 1883, se matriculó en dibujo en el instituto de Huesca para poder así ingresar en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid.

Paralelamente, en Madrid entra a trabajar en el taller de escenografía de los italianos Bonardi y Busato, quienes elaboraban los decorados del Teatro Real, lo que supuso un importante aprendizaje en las técnicas y sobre todo los conceptos que desarrollaría en su trayectoria artística y profesional. En 1890, el año en que realizó los dos retratos que vemos a la derecha, abrió taller con Amalio Hernández, primer pintor español considerado específicamente como escenógrafo. Pero la sociedad duraría solo tres años, y en ese 1893 es cuando vuelve Lafuente a Huesca como se ha dicho antes.

Allí permanecería once o doce años combinando sus clases de instituto con la academia, trabajos de decoración, ilustración y escenografía.



Félix Lafuente. Retratos sus padres Rosa Tobeñas y Lorenzo Lafuente, óleos realizados en el año 1890

En 1905 se estaban desarrollando los laboriosos preparativos para la Exposición Hispanofrancesa prevista para 1908, coincidiendo la exposición internacional -a modo de confraternización con nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos- con el centenario de los Sitios de Zaragoza. Y para la ciudad del Ebro se encaminó Lafuente que recibió muy variados e importantes encargos, abriendo un taller en el que trabajaría, por cierto, su querido alumno Ramón Acín a quien no olvidó llamar.

No fue menor el trabajo de ilustración que realizaría para Heraldo de Aragón que se volcó en los fastos del 1908 mediante publicaciones específicas con numerosos colaboradores que el periódico contrató.

Fue una larga década de trabajo en todos los ámbitos de su actividad que Fernando Alvira ha documentado realizando una minuciosa cronografía de las numerosísimas colaboraciones que realizó Lafuente entre 1900 y 1915<sup>1</sup>.



<sup>1</sup> Fernando Alvira Banzo. *Félix Lafuente Tobeñas, colaborador gráfico de Heraldo de Aragón. Colaboraciones en el entorno de la Exposición Hispano Francesa de 1908*. Revista de la Asociación Aragonesa de Críticos de Arte. AACA Digital ACCA Digital nº 3. 2008

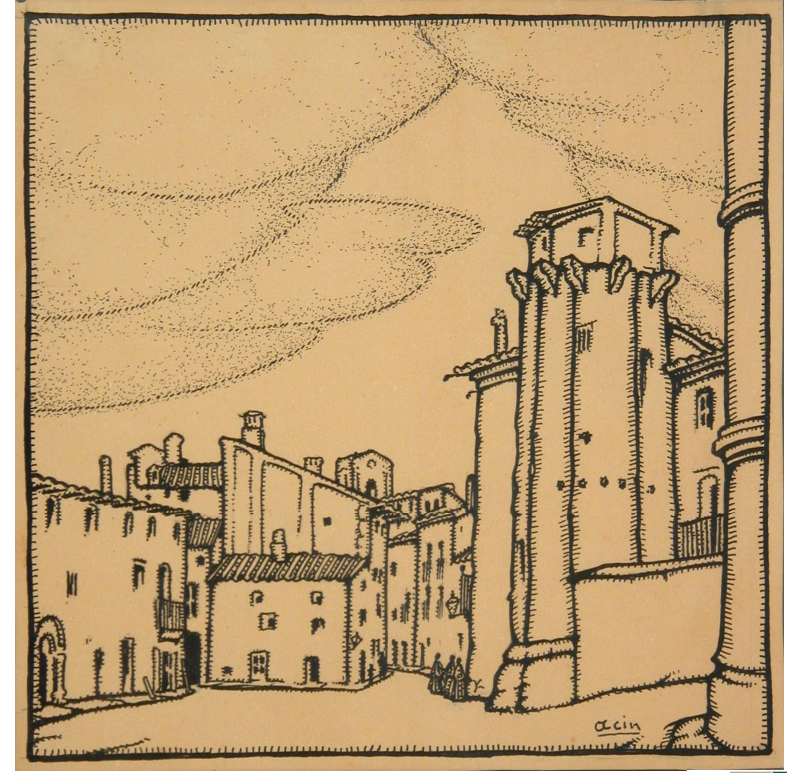




**FELIX LAFUENTE**  
**Academia de dibujo y pintura**  
**Coso bajo, 45, principal**  
Clases nocturnas para obreros, de siete á nueve; y por la mañana, de once á trece, para señoritas.

Pero hacia 1915, con 50 años, Félix Lafuente comenzó a padecer una progresiva parálisis que imposibilitaría su carrera profesional. Por ello volvió a Huesca y allí fue recibido por los muchos amigos y exalumnos que se preocuparon por ayudar al maestro en tan mala situación. Por ello escribió Acín –impulsor de las actuaciones para facilitar económica y anímicamente la vida del maestro– y colaboraría en habilitar el piso donde Lafuente pudiera impartir sus clases de dibujo y pintura tanto artística como técnica.

Lafuente fallecería en su domicilio el 9 de octubre de 1927. □



Puerta de Santo Domingo, de Huesca. Óleo pintado en 1887 por Félix Lafuente. A la derecha, la misma plaza en un dibujo de la serie *Las Calles de Huesca* realizada por Acín para el libro homónimo escrito por Ricardo del Arco. Ed. talleres de la viuda de Justo Martínez, Huesca 1922



## EL HUESCA DE FÉLIX LAFUENTE

José Antonio Llanas. *Félix Lafuente (1865-1927) en las colecciones oscenses*. DPHuesca, 1989. Pgs. 51-56

Para situarnos en el entorno en que vivió sus primeros años el pintor Félix Lafuente, tenemos que remitirnos al Huesca de los años sesenta del siglo pasado.

La ciudad estaba sufriendo por entonces grandes transformaciones a todos los niveles. Urbanísticamente y como consecuencia de la desamortización, los conventos de frailes que en cierto modo formaban una segunda muralla, son en su mayoría derribados, salvándose en parte el de San Francisco, que pasa a ser sede de las oficinas de la naciente Administración Central, el de la Merced, tan pronto cuartel, como escuelas y parte del Carmen alto, asilo a veces, hospital de apestados y finalmente manicomio. Es la época en que se consuman los proyectos del alcalde Vilanova, que sobre los Agustinos había alzado el Teatro Principal y aun sin contar con que un día llegaría el ferrocarril (estaban por entonces todavía en fase de proyecto las dos primeras líneas que se tendieron en la Península), proyecta una gran calle porticada ensanchando el Callejón de San Francisco para comunicar los Cosos con el Camino de Zaragoza, camino aún, no carretera, calle que sus sucesores años después alargaron hasta la estación, derribando el Carmen Descalzo.



Huesca desde el lado norte del río Isuela. Hacia finales del siglo XIX o ppios S XX

La gran cantidad de casas y solares que en la ciudad poseían la Iglesia y conventos, incluido Montearagón, habían ido pasando a manos de particulares. Con la desamortización se habían amasado grandes fortunas. El coso, que entonces iba desde la plaza de San Lorenzo a la Puerta del Carmen (hoy Costa), al abrir los porches ensancha su embocadura, hasta entonces ridícula y se va alineando. El tramo entre esta plaza y la Cruz de San Martín (hoy Coso Bajo) es entonces la calle del Mercado. Allí, en sus aceras, se celebra éste cada mañana, totalmente al aire libre y lo que es hoy su terminación, era por entonces la Calleja de San Martín, estrecha y desalineada, que acabó durante siglos en el fondo de saco de la plaza de este convento.

Se hablaba de un recinto para el Mercado, pensando incluso en ubicarlo en la ya vacía iglesia de San Francisco, proyecto que con mejor criterio se llevó al sector de las Aulas (López Allué) para ser realizado en 1872.

Los derribos son notables en ese momento. Puertas de la ciudad y torreones se derriban y una trama urbana nace entonces modificando en parte la secular y que es la que llega prácticamente a los años treinta de nuestro siglo.



Socialmente la transformación no es menos importante. En 1832 se consolida la ciudad como capital de provincia. En 1835 desaparecen los frailes de escena, con toda su influencia, económica y de dirección de conciencia de la población.

Poco después la Iglesia y por tanto la Mitra, pierde sus propiedades y se ve obligada a cesar en el mantenimiento de instituciones seculares: Hospital, Hospicio, Universidad, etc. y en 1845 se cierra la Universidad, el golpe más duro que ha sufrido Huesca a lo largo de su historia.

Todo esto hace que se produzca un fuerte cambio en las formas tradicionales de vida. Los que hasta entonces han sido protagonistas, desaparecen de escena, como las órdenes Religiosas, se ven muy menguados en su poder y categoría los eclesiásticos y la erudición, representada por el Claustro de la Universidad, se marcha con ella a Zaragoza, como el rector Sichar, o se relega a sus domicilios como los Diagos, Martínez o Lasalas, ejerciendo de abogados sin buscar clientela, los primeros por ser gente de caudal y los últimos seguir en la Administración: un Lasala continúa de Bibliotecario Provincial, por ejemplo.

Si a esto añadimos que la aristocracia hacía años que nos había abandonado, tan solo la duquesa de Villahermosa venía a temporadas como el marqués de Nibi-ano solía hacer, toda esta antiquísima e influyente clase se quedaba reducida al barón de Alcalá, siempre censado en la capital, viviendo en ella e incluso participando en su gobierno.

Todo este clásico tinglado social se viene abajo y entra en juego la clase funcionarial que llega con la Administración Provincial, los comerciantes adinerados y los que pudiéramos llamar «nuevos ricos» que han medrado o aumentado fortuna con la venta de bienes que conllevó la Ley de Desamortización.

Comienzan a declinar también en esta época las grandes casas de labradores tradicionales y al calor de los que han comprado fincas y campos en la desamortización, surgen los «arrendadores», como se llamó aquí siempre a los arrendatarios.

Es la época de lo que hoy diríamos hombres de negocios: Comerciantes y banqueros como, Casaus, Orús o Cacho, otros importantes como Usón, Campaña, Casayús con molino en Quicena, Viñuales e incluso los Carderera, que tienen el negocio en Zaragoza. De negociantes como los dos Bescoses que no son familia, Navarro, luego Lafarga, Rovira y Susín, que ya no son tenderos ni mercaderes a la antigua usanza, que viajan a Francia a dos por tres, tienen sus espléndidas mansiones, sus coches de caballos y se hacen retratar al óleo para presidir los salones de sus casas, gentes que en cierto modo sustituyen a la vieja aristocracia.

Conservan aún su peso específico los canónigos, dotados de espléndido sueldo por el concordato que viven y reciben como señores.

En los niveles bajos muchos buscan, en la naciente Administración, puestos de subalternos: Correos, Telégrafos y otros servicios, que no requieren de personal, con especiales conocimientos, y por último el resto de la población que se las apaña como puede, pequeños negocios como posadas, figones, tabernas, oficios diversos, especialmente el de boteros, curtidores y guarnicioneros, alpargateros, abarqueros, albarderos, torneros, carreteros y vajilleros y la gran masa de jornaleros, que ya por entonces y llegando el invierno se habían manifestado ante el Ayuntamiento pidiendo pan y trabajo y a los que el prócer zaragozano don Tomás de Castellano, metido a contratista de obras, había prometido no paralizar las del desmonte de la carretera de Barbastro, salvándoles al menos ese año del hambre.

Clientes algunos de la limosna de la catedral. Esta institución al perder sus bienes dejó de funcionar, pero el Obispado la tomó a su cargo y todas las mañanas en el claustro había cola, especialmente en invierno, a por el pan a las mujeres y los 10 céntimos a los hombres que se daban cada día. Yo aún he conocido a viejos que de críos fueron clientes asiduos de la limosna.



Por eso el que en esa época tenía un oficio remunerado y empleo fijo, era un privilegiado, y uno de éstos era D. Lorenzo Lafuente, «Molendor», es decir, elaborador de chocolate a «brazo», como se decía. Procedimiento original para la fabricación de este codiciado producto, consistente en moler y mezclar el cacao con el azúcar en una piedra cóncava, apretando contra ella un rodillo, manejado con los dos brazos.

Vivía la familia Lafuente en el 88 de la entonces Calleja de San Martín. En 1865, D. Lorenzo y su esposa, D.ª Rosa Tobeñas, ya tenían tres hijas: Ascensión, Gregoria e Isabel y esperaban un nuevo hijo, que llegó el 20 de noviembre y fue bautizado el mismo día con el santo que traía el calendario: San Félix.

Era aún por entonces la calle de San Martín una de las principales de la ciudad, si bien en este tiempo comenzaba a declinar por la sencilla y única razón de que al abrir la carretera de Barbastro había dejado de ser el acceso obligado a la ciudad de las rutas de Cataluña, Barbastro y el Somontano.

Siglos y siglos se entró en Huesca por el vado de San Martín y por esto el comercio, posadas, cuadras e incluso profesiones se afincaron a lo largo de ella y sus confluente.

En 1865, hacía ya 5 años que la nueva carretera había sido abierta al tránsito, el Isuela era cruzado por un magnífico puente de piedra, el convento de Santo Domingo había sido derribado previamente para dar paso a esta nueva ruta y la que fuera estrecha y desordenada Calleja de Santo Domingo, se iba transformando en el último sector del Coso. Nuevas edificaciones alineadas alojaban en sus bajos los comercios y los clásicos comerciantes de la calle de San Martín levantaban en él sus casas o trasladaban allí sus comercios. No fue cosa de días, entonces las reacciones del público eran lentas, aun estaba vigente eso de que el buen paño en el arca se vende, pero a los propietarios de los comercios les preocupaba ya el quedar postergados, lejos del intenso trasiego de gentes que llegaban del Somontano y que por lo general lo hacían por la carretera nueva, si bien la costumbre hacía que algunos usaran los caminos viejos, siempre que esto resultara más corto, a pie o en carro, un kilómetro era un cuarto de hora de andadura, no hay que olvidarlo.

Este paulatino abandonar el barrio, lento como decíamos, hace que en estos años aún sigan viviendo en él numerosos comerciantes, alpargateros, abarqueros, zapateros, alfareros, carpinteros, torneros y por supuesto labradores, que a veces censaban varios criados en su casa. Dos veterinarios, no creo hubiera en Huesca entonces más, el médico Susiac, un telefonista y varios funcionarios, así como bastantes familias con servicio abundante, son indicativo de que la calle y el barrio, mantenían su importancia.



Por otra parte y como entrada de la ciudad, abundaron en él las posadas, los trajineros, tabernas, carreteros y curiosamente los dos tintes con que contaba la ciudad, el de Susiac y el de Javierre, luego Polo.

Fuertes comercios como los de Campaña, Miravé, el de Casayús, la banca y tejidos de Casaus, la jabonería de Pueyo, junto con otros de menor importancia que figuran como «tenderos», completaban la importancia comercial del sector.

Comercios importantes que salvo el de Campaña, «fiel hasta la muerte», vemos a comienzos de siglo ya en el Coso, y otros como el de Miravé en la calle del Mercado.

En 1865 tres años le quedaban de vida a la vieja iglesia de San Martín, de la que años antes habían sacado la parroquia para llevarla a Santo Domingo. Único ejemplar mudéjar en la ciudad y derribada, so pretexto de ruina, en 1868 por la Junta revolucionaria. Decisión arbitraria que hizo anotar al Párroco de Santo Domingo en su libro de fábrica: «Dicen que está en ruina, ya lo decían en el siglo XVI y aún no se ha caído».

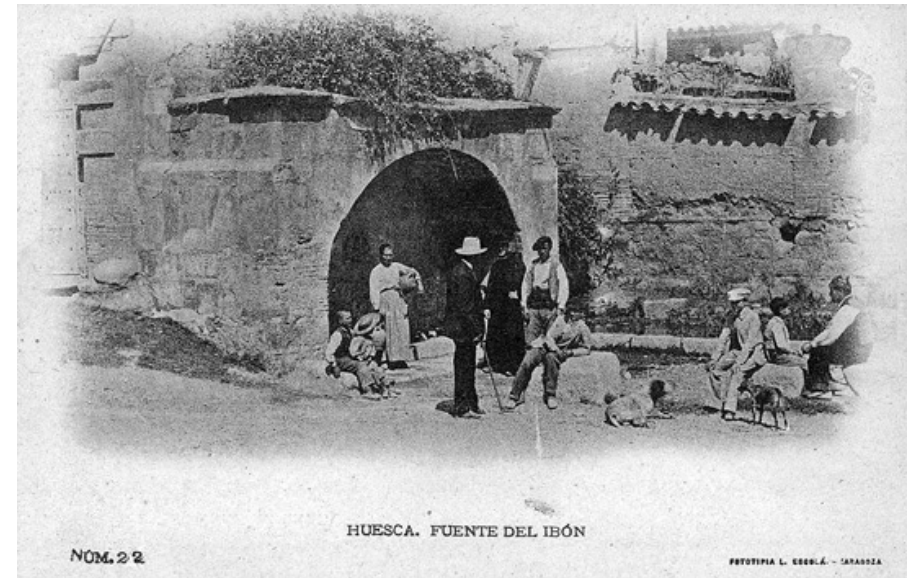
Amén de la pretendida ruina había que abrir con toda «urgencia» la calle del olmo, que aparece ya en el nomenclátor que en 1872 redacta D. Cosme Blasco, como de «próxima apertura» y que tras más de cien años de espera por fin se ha abierto.

Quedó con el derribo un «vago» que en el mismo nomenclátor se bautizó como plaza del Justicia y que al ser de inmediato establecido allí el mercado de cerdos y lechones, pasó a ser para todos la plaza de los Tocinos. Al fondo de ésta, hubo años y años un montón de tierra con restos de edificación, en el que jugaría Félix Lafuente de niño y en el que jugamos aún nuestra generación.

Decían que debajo estaba el antiguo cementerio y debería de ser así, pues aún vi de niño santiguarse a alguna vieja al pasar por este lugar. Victorino Solanes me dijo en una ocasión que allí estaba enterrado su bisabuelo.

Nació pues, nuestro pintor, en un ambiente de cierto pesimismo, un ambiente en el que la gente comenzaba a abandonar el barrio, en el que habían vivido toda su vida, podríamos decir que respiraba la ansiedad que hoy, por ejemplo, se palpa en el Casco antiguo de la ciudad, si bien no se dio en ningún caso degradación social, sino al contrario, gentes labradoras y hortelanos, con los que no iba el movimiento comercial que había tenido la calle, siguieron en ella, así como familias de posibles como los Tolosana y los Susiac y por supuesto los antecesores de la Tintorería Polo, que aún sigue allí, con lo cual el barrio de San Martín siguió teniendo entidad propia, quizá debilitado económicamente al faltar el comercio, pero permitió que por sus calles corriera cada año el toro ensogado con ocasión del día del santo y que se conservara, hasta nuestros días, la alegría de sus fiestas, muchos años junto con las de San Lorenzo, las únicas de la ciudad.

El niño Lafuente correteó por derribos, oiría a los suyos y a los vecinos lamentar la desaparición de su iglesia, a cambio se extasiaría ante las pinturas de Santo Domingo, su parroquia, vería cómo poco a poco la estrecha calleja, ya Coso Bajo, se iba ensanchando.





Conoció las Puertas del Alpargán y la Correría y el Torreón de Santa Rosa, del que nos legó una preciosa acuarela.

No alcanzó ver a San Juan de Jerusalén, por entonces ya plaza de toros, pero sí las iglesias del Espíritu Santo en la Correría, La Malena en Pedro IV y Montserrat en la de Población.

Es lógico que un ambiente tan sugerente, acentuado por nostalgias de lo que irremisiblemente se iba perdiendo día a día, dejara una fuerte mella en el temperamento artístico del niño Félix Lafuente, al que no podemos negar una precoz disposición para el dibujo y consecuentemente para la pintura, que hace bien pronto decida cuál va a ser su profesión.

Corren en esa época malos aires para el arte, en primer lugar, la desamortización de los conventos de frailes ha llenado los desvanes de cuadros, que salvo algunos de especial valor, se llegan a usar para tapar ventanas, como dice Carderera, vio personalmente en casa de Lastanosa. Se malvenden y hasta se aprovechan lienzos de valor para pintar encima cuadritos a la moda. La Iglesia otrora buena cliente de artistas, está pasando por la crisis económica derivada de la incautación de sus bienes por el Estado, y la fotografía, como novedad y artículo de lujo estaba sustituyendo a esos obligados retratos al óleo, que colgaban en su salón las gentes de posibles.

No obstante, sigue firme en su vocación, aunque posiblemente sus padres no pensarán lo mismo, pues tras la escuela primaria lo envían al Seminario, como alumno de pago, no buscan beca, lo que indica que tienen por lo menos un pasar. En el Seminario dibuja más que estudia y tan pronto como puede lo abandona, firme en su decisión de ser pintor. Se matricula en el Instituto, pero curiosamente tan sólo de la asignatura de dibujo, que imparte entonces el grabador y dibujante Ros, del que poseo un primoroso grabado de la iglesia del Santo Espíritu.

Pero esto no basta.

En plena juventud, acomete su gran aventura: Madrid. Es difícil por entonces triunfar allí, pintores de toda España han llegado con la misma pretensión, grandes pintores hoy cotizadísimos que buscan afanosamente dónde colocar sus enormes cuadros de historia, o se tienen que resignar a decorar salones de encargo al gusto de los burgueses enriquecidos.

Se le ofrece trabajo como decorador de teatro, con cierto éxito. Trabaja con el mejor en la época: Busatto. Comienza a pintar cuadritos que expone en los escaparates de los comercios, con buena acogida por parte del público. Son temas de Huesca y época de nostalgias, lo que facilita su venta. Su regreso a Huesca para hacerse cargo de la cátedra de dibujo se produce, como ha sido investigado por Fernando Alvira Banzo, en el año 93. Doce años de estancia en su ciudad natal, que dan paso a un período presidido por el Centenario de los Sitios de Zaragoza que se va a celebrar con gran pompa, Exposición Internacional incluida, en el que Félix Lafuente viene a la ciudad del Pilar. Instala allí su estudio en un ático del paseo de la Independencia, trabaja de lleno en la Exposición, colabora con plumillas en el *Heraldo*, hace retratos, decora el Mercantil. Vive con los apuros de los artistas de la época, no hace por supuesto fortuna y más tarde enfermo vuelve a su Huesca, al lado de su familia.

Conoció las Puertas del Alpargán y la Correría y el Torreón de Santa Rosa, del que nos legó una preciosa acuarela.

No alcanzó ver a San Juan de Jerusalén, por entonces ya plaza de toros, pero sí las iglesias del Espíritu Santo en la Correría, La Malena en Pedro IV y Montserrat en la de Población.



Es lógico que un ambiente tan sugerente, acentuado por nostalgias de lo que irremisiblemente se iba perdiendo día a día, dejara una fuerte mella en el temperamento artístico del niño Félix Lafuente, al que no podemos negar una precoz disposición para el dibujo y consecuentemente para la pintura, que hace bien pronto decida cuál va a ser su profesión.

Corren en esa época malos aires para el arte, en primer lugar, la desamortización de los conventos de frailes ha llenado los desvanes de cuadros, que salvo algunos de especial valor, se llegan a usar para tapar ventanas, como dice Carderera, vio personalmente en casa de Lastanosa. Se malvenden y hasta se aprovechan lienzos de valor para pintar encima cuadritos a la moda. La Iglesia otrora buena cliente de artistas, está pasando por la crisis económica derivada de la incautación de sus bienes por el Estado, y la fotografía, como novedad y artículo de lujo estaba sustituyendo a esos obligados retratos al óleo, que colgaban en su salón las gentes de posibles.

No obstante, sigue firme en su vocación, aunque posiblemente sus padres no pensarán lo mismo, pues tras la escuela primaria lo envían al Seminario, como alumno de pago, no buscan beca, lo que indica que tienen por lo menos un pasar. En el Seminario dibuja más que estudia y tan pronto como puede lo abandona, firme en su decisión de ser pintor. Se matricula en el Instituto, pero curiosamente tan sólo de la asignatura de dibujo, que imparte entonces el grabador y dibujante Ros, del que poseo un primoroso grabado de la iglesia del Santo Espíritu.

Pero esto no basta.

En plena juventud, acomete su gran aventura: Madrid. Es difícil por entonces triunfar allí, pintores de toda España han llegado con la misma pretensión, grandes pintores hoy cotizadísimos que buscan afanosamente dónde colocar sus enormes cuadros de historia, o se tienen que resignar a decorar salones de encargo al gusto de los burgueses enriquecidos.

Se le ofrece trabajo como decorador de teatro, con cierto éxito. Trabaja con el mejor en la época: Busatto. Comienza a pintar cuadritos que expone en los escaparates de los comercios, con buena acogida por parte del público. Son temas de Huesca y época de nostalgias, lo que facilita su venta. Su regreso a Huesca para hacerse cargo de la cátedra de dibujo se produce, como ha sido investigado por Fernando Alvira Banzo, en el año 93. Doce años de estancia en su ciudad natal, que dan paso a un período presidido por el Centenario de los Sitios de Zaragoza que se va a celebrar con gran pompa, Exposición Internacional incluida, en el que Félix Lafuente viene a la ciudad del Pilar. Instala allí su estudio en un ático del paseo de la Independencia, trabaja de lleno en la Exposición, colabora con plumillas en el *Heraldo*, hace retratos, decora el Mercantil. Vive con los apuros de los artistas de la época, no hace por supuesto fortuna y más tarde enfermo vuelve a su Huesca, al lado de su familia.

No es ya el Huesca de los años veinte de nuestro siglo el que había vivido en su infancia. Tras los balcones de casa de su familia en la calle del Mercado, ve vacío el palacio de Villahermosa, que un buen día se puebla de críos, porque han abierto colegio unos frailes, ve subir y bajar gentes camino del Mercado, ya no son gentes de calzón como aquellas que de crío veía entrar por la calle de San Martín. Las viejas casonas de su infancia aparecían revocadas y modernizadas, ya no quedaban más rastros visibles de la muralla que los del Trasmuro, pero aún presidía las vistas desde las Mártires y Santa Lucía la mole de la catedral y la cúpula de San Lorenzo, la de las huertas y en Salas aún estaban los olmos flanqueando la ermita, y en el Soto cada año dejaban caer sus hojas tapizando de otoño los embarrados caminos, y el puente de Tablas ya era de hierro, y el partidero seguía teniendo tapias, y en San Jorge se ponía igual que siempre el sol cada tarde. Aún sin salir de casa podía pintar Santa Lucía, con la precisión del que la tiene delante, aún conservo el primor de sus pinceles en un inconcluso cuadro de flores, quizá su último intento de pintar, que el destino hizo *llegar* a mis manos.



¡Hay que hacer algo por Lafuente! Se dijeron las fuerzas vivas de la ciudad. Una compra de cuadros por el Ayuntamiento, un traerlo a actualidad para que vendiese algo de su producción, fue lo único que se pudo hacer por ayudarle en su infortunio.

El 9 de octubre de 1927, comenzando el otoño, ese otoño oscense que nadie como él supo captar, hacia su último viaje hasta el cementerio, pasaba ante el casino, en el que había dejado obra, por la fuente del Ibón, los cipreses de la Torre de Casaus, sus amigos le saludaban al pasar, San Jorge...

Tras esto, el recuerdo de un amigo, para muchos, el de un buen hombre, para todos y la pérdida de un gran artista, para pocos.

Han tenido que pasar años, para que esos cuadritos por lo que se le regateaban cinco duros, hayan pasado a la categoría de «inalcanzables», pues nadie quiere desprenderse de ellos. Al fin su figura aparece ya colocada en el lugar en que siempre debió de estar.

Un mausoleo en el cementerio de las Mártires, dando cara a esa sierra, que nadie como él supo pintar, sería el testimonio de que contra lo que reza el viejo dicho, Huesca no desprecia a los Suyos. □



Coso Bajo de Huesca, principios siglo XX



Casino de Huesca

